

# EL MADRILEÑO,

SEMANARIO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y NOTICIAS.

Suscripción en Madrid.

Por un mes. . . . . 8 reales.  
Por tres id. . . . . 20 id.

Suscripción en Provincias.

Tres meses. . . . . 26 reales.  
Por seis idem. . . . . 50 id.

En el extranjero y Ultramar.

Por un año. . . . . 120 reales.  
(Franco de porte).

La correspondencia se dirigirá al propietario del periódico, D. José Morales y Rodríguez, Caballero de Gracia, 15.

## SECCION CIENTÍFICA.

### ESTUDIOS MORALES Y POLÍTICOS.

#### II.

##### DERECHOS DE ASOCIACION.

En nuestro anterior estudio desenvolvimos sucintamente la teoría de la asociación, fuente inagotable de la prosperidad social, y poderoso remolcador del progreso en el camino de lo perfecto; hoy vamos a aplicar la teoría al estudio de las instituciones que se han levantado sobre la base de este fecundo principio.

Ante todo conviene analizar profundamente la índole y tendencias de las asociaciones, su objeto y su fin; no creemos que la ley de sociabilidad, aceptada en toda su latitud, pueda aplicarse á esos institutos ridículos que han forjado las pasiones humanas concitadas por los grandes cataclismos del orden político; fuera de lo que es racionalmente beneficioso, no comprendemos nada.

Espusimos, aunque brevemente, la nulidad absoluta de las asociaciones de cierta índole política; hablamos del comunismo y socialismo considerados bajo el aspecto que presentan á la sombra de la idea revolucionaria; consideramos ligeramente el efímero resultado de la teoría de Luis Blanc: réstanos, pues, manifestar la utilidad de las asociaciones reglamentadas por el Estado, y admitidas con aceptación universal en la civilización moderna; nos referimos á las instituciones de crédito.

El crédito es el medio en que vive hoy la prosperidad física y moral de los pueblos; cuanto mayor sea el bienestar material de estos, tanto mayor será su importancia moral.

Esta verdad está universalmente reconocida: allí donde la miseria y la pobreza

extiende su funesto imperio, la civilización arrastra una vida tabífica; allí existe una sociedad que se asfixia por falta de aire; allí la industria no puede componer y reparar, porque la faltan elementos.

El crédito ha llegado á ser el gran instrumento electro-motor que mueve los intereses de las sociedades humanas en la esfera de su prosperidad: donde él se levanta mueren las usuras y el monopolio, se ensancha la riqueza pública: se robustece la propiedad rústica y urbana, se multiplican los medios en razon directa de las necesidades.

Las asociaciones de crédito han venido á resolver en la vida moderna uno de los problemas mas difíciles: el engrandecimiento social por medio de la prosperidad física; el mejoramiento de la familia humana por su bienestar material; por eso allí donde no existen, todo se agesta y se anquila.

El objeto de las asociaciones de crédito varia indefinidamente, según las necesidades de los pueblos: Inglaterra y Francia son las que nos ofrecen en el continente mas diversificación; en España se ha dado bastante impulso al desarrollo de estas instituciones; pero todavía falta que perfeccionar bastante.

Las principales aplicaciones del crédito son las siguientes:

Asegurar la propiedad territorial é industrial.

Creación de capitales y rentas de supervivencia.

Cajas de ahorros y montes-píos.

Seguros de quintas y de la riqueza urbana.

Como se vé, la esfera del crédito abraza todos los órdenes de los intereses públicos.

En efecto, la industria, las artes, la agricultura, todos los ramos del progreso material, tienen en el crédito una legítima salvaguardia que preserva y fortalece: todas

las clases sociales, desde las mas elevadas por sus riquezas, hasta las mas próximas á la miseria extrema, tienen sus intereses á cubierto desde el momento en que los depositan á la sombra de las instituciones del crédito: muere la usura y se ponen en movimiento los capitales: de este movimiento, de esta poderosa rotación, brota la abundancia, se recompone todo en derredor del hombre, se perfeccionan las creaciones del espíritu humano, se hacen aplicables y benéficas, se abrevian las distancias, se canalizan los rios, se abren derroteros mas seguros para la navegación; en una palabra, se modifica provechosamente la vida moderna en sus múltiples aspectos, y la civilización camina sin tregua ni descanso hácia su fin providencial.

La intervención del Estado en estas asociaciones, es altamente benéfica para ellas mismas, y para los intereses de los asociados: sin esta intervención sufrirían derrotas frecuentes, y lejos de servir de auxiliar á la moral pública se convertirían en torpes semilleros de inmoralidad y de crímenes, hurlando las nobles esperanzas de los que cooperaron con sus sufragios á su enaltecimiento.

Así, el derecho de asociación les está permitido; pero con el veto del Estado, bajo la responsabilidad de una fianza administrativa. El Estado representa á los asociados: la fianza responde de la legalidad de las operaciones: de esta manera todo se concilia, todo se armoniza, todo favorece al bien entendido desarrollo de la asociación que cada día se robustece y fortifica mas.

Por eso las instituciones de crédito son la mas bella conquista del progreso moderno, y su bondad está reconocida plenamente hasta por los mas ardientes sectarios del régimen antiguo, que nunca realizó tan bello pensamiento.

En efecto, merced á estas instituciones, pobres y ricos, grandes y pequeños pueden no solo preservar sus capitales de la ruina, sino fomentarlos y multiplicarlos en una proporción asombrosa sin remordimientos en la conciencia y sin sentir el cansancio de la administración; la propiedad rústica y urbana se pone á cubierto de la estafa y de la usura, hipotecando sus valores con un gravámen insignificante: la industria alcanza elementos para emprender en grande escala sus operaciones, y por último, las clases laboriosas de la sociedad encuentran apoyo y salvaguardia para precaver y atenuar los efectos de la pobreza y la desgracia, para asegurar el porvenir de la familia poniéndole á cubierto de los rigores del infortunio en el día de la prueba.

Tales son las instituciones del progreso moderno fundamentadas sobre el principio fecundo de la ley de sociabilidad: su objeto y su fin son eminentemente laudables: su engrandecimiento y prosperidad interesa por todos conceptos á la familia y al Estado, á la sociedad y á la patria.

Las asociaciones que escapan de esta tendencia soberanamente benéfica, no merecen siquiera refutarse: todas han sido obra de los delirios filosóficos, y por lo mismo se han derrumbado por su propio peso: hoy se mide su predicamento por la utilidad que de él se desprende: las exal-

taciones de la fantasía no pueden constituir una ciencia: hoy la ciencia universal es la razón, la evidencia aceptada universalmente por el linaje humano.

LEANDRO ARELLANO HERRERO.

## LAS SEIS PLUMAS.

D. Simplicio es un honrado curial que al cabo de muchos años de práctica ha llegado á ser juez del distrito de... en Madrid.

Todas las memorias de sus tiempos, le presentan como el hombre mas serio, el magistrado mas grave, mas recto y mas feroz que haya logrado calar el honorable birrele.

Hablar al honrado decano de cosas fútiles era un verdadero sacrilegio; conseguir ser escuchado por él era un verdadero milagro.

Siempre grave, y siempre conciso; y siempre sentencioso en sus discursos y en sus actos, era la verdadera imagen de un testó de la ley; era, como decía el escribano D. Judas, una *Partida* andando; con una diferencia, sin embargo, que el código del sabio rey había sufrido sin quejarse el comentario cómico de Aguilera, y D. Simplicio no le sufría.

Todos los hombres tienen, sin embargo, un lado vulnerable, y D. Simplicio era hombre.

esto, casualmente, como había dicho antes, sería el abismo donde su felicidad se hundiese para siempre... Y el que absorbida por el amor de Laura así conservaba un resto de esperanza, luchaba entre ella y la muerte del barón. Si le matase, decía, su sangre será el inmenso lago que nos separe para siempre; tendré que olvidarla! y eso es imposible! Si yo muero, ¿qué será de ti, Laura de mi alma! ¿Qué de ti, pobre, madre mía, que vives en el mundo sin otro apoyo que tu hijo!...

Comprende, pues, la verdadera posición de Eduardo, y dime ¿qué harías en su lugar?... ¿Vacilas? Dudas que sea tanta la abnegación del hombre? Pues bien, colócate en su situación, piensa y siente por él y decide. Tengo esperanzas de que si tu juicio es recto, tu corazón noble, tu alma grande, tan grande como la suya, no te apartará un ápice de su camino... Veamos si nó.

Estas ó parecidas ideas cruzaron por la imaginación de Eduardo, y como si deseara desembarazarse de un pensamiento fúnebre que le atormentaba, sacudió su cabeza y tomó á buen paso hacia Madrid. Llegó á su casa, permaneció al lado de su madre hasta dejarla dormida que sería á las doce ó doce y media de la noche, hora en que andando de puntillas con una luz en su diestra y poniendo la otra por cima de sus ojos á guisa de pantalla salió de su estancia, atravesó su pasillo, entró en su estudio, y acercándose á una caja

E indudablemente la parte menos fortificada del corazón de D. Simplicio era aquella en que vivía su loro, ó mas bien, el loro de su señora.

El matrimonio Simplicio-Gregoria, no tenía hijos, y el único lazo que entre ellos existía, fuera de la bendición nupcial, era el ave americana.

En cierta ocasión, D. Simplicio quiso entablar demanda de divorcio contra su robusta costilla, pero esta le amenazó con llevar consigo el querido animal.

La ley la favorecía; D. Simplicio retiró su demanda.

Entre las damas de la corte, cuya ligereza y desenvoltura contrastaba mas con la severidad de D. Simplicio, se contaba la bella y espiritual vizcondesa de... coqueta, maliciosa y alegre, que mejor que ninguna otra hija de Eva justificaba por su habilidad y su perseverancia en sus empresas el proverbio tan conocido: Lo que no hace una mujer no lo hace el diablo.

La bella vizcondesa se acostumbraba á reír como una loca de la gravedad del buen juez siempre que en su presencia se hablaba de fiestas; y había prometido solemnemente su conversión social.

Un día de febrero, víspera de una espléndida fiesta que debía tener lugar en la corte, nuestra loca vizcondesa fué á pedir ceremoniosamente una audiencia al severo juez.

de poncha, abríala sin hacer ruido, sacó algunas monedas y billetes que guardó en se bolsillo, y después de besar un retrato de mujer repetidas veces y una carta que en ella había, cerró la de nuevo, y salió á la calle...

Una vez en ella, se embolsó bien en su capa, y con paso rápido cruzó la Red de San Luis, calle de la Montera, Puerta del Sol y calle de Carretas, de Barrio Nuevo y plaza del Progreso, internándose luego en el laberinto de solitarias calles y traverasas contiguas á la de Toledo. Se detuvo ante una casilla de aspecto pobre y miserable, y haciendo sonar una sola vez el pequeño estabon de su mezuquina puerta...

—Ay Laura, murmuraba interiormente, si supieras cuán miserable es esto y el sacrificio que hago en entrar... pero no importa si evito una lágrima á tus ojos y un ay á tu corazón.

—¿Quién es? preguntaron desde dentro con voz vinosa y estentórea.

—Yo, dijo Eduardo, casi con aversión y repugnancia.

—Pero sepamos...

—El desconocido...

—¡Ah! mi buen parroquiano nuevo pero puntual, adelante, dijo un hombre rechoncho, mollejo y colorado, que con una luz en la mano abría la puerta de par en par.

—Están todos? preguntó Eduardo sin descubrir el rostro.

## LOS AMORES DE UN PINTOR.

POR

D. Francisco P. Estrada.

(Continuacion.)

XII.

¡Cuán triste y embarazada era la posición de nuestro honrado pintor! ¿Cómo buscar á Enrique? Eso no era difícil, porque él le había seguido la pista y sabía todas sus guaridas... Pero dado caso de que lo encontrase, ¿quién lo facultaba, ni qué derecho le asistía para reclamar de su marido un objeto de su esposa sin que la sociedad sospechase? Esta era la gran barrera que se oponía á la realización de todos sus proyectos. Por esto se había visto obligado á arrancarse él mismo su corazón, porque Laura podía decirse que lo era, para depositarlo en manos del verdugo de su honra. Por ella se veía obligado á reusar la venganza más terrible, pues así es que en su alma grande y generosa no tenían cabida sentimientos que no lo fuesen también, momentos hubo en que le desoló.

Fácil le hubiera sido desembarazarse de aquel hombre que era su sombra de muerte, por medio de un duclo, puesto que Eduardo era diestro en el manejo de todas armas; pero

Fué introducida.

— Señor juez, dijo la joven tomando una postura suplicante y humilde, después de haber hecho las reverencias que reclamaba la etiqueta, yo espero de V. S. una gracia que hará la dicha de mi vida...

— Señora, respondió el magistrado con su fría gravedad que nunca le abandonaba, siempre me encontrareis dispuesto...

— Ante todo, señor, prometeme que no me rehusareis...

— Estoy convencido, señora, de que vuestra causa está basada en la justicia... el derecho...

— ¡Oh! señor, ante todo vuestra promesa!

— Os debo prevenir, señora, que los deberes de mi estado son... rigurosos.

— ¡Una promesa, señor presidente, una promesa, yo os lo suplico!

— Señora vizcondesa, vos debéis saber lo que puedo acordar y lo que debo rehusar.

— Nunca os habré yo de pedir cosa que os pudiese comprometer...

— Hablad, pues, señora.

— V. S. puede colocarme en el colmo de la alegría, en el templo de la dicha...

— Al hecho, señora, al hecho.

— La tranquilidad de mi vida entera depende de vuestra promesa, y necesito vuestra palabra.

— *Mismamente, señor...*

Eduardo no contestó palabra, y precedido del niño, trepó con extraordinaria agilidad por una escalerilla mugrienta, angosta y baja de techo que parecía interminable.

— Adelante, dijo el hombre, recibiendo una monda de manos del pintor...

Aquel empujó una puerta, y este se encontró en una sala pobre y de mugrientas paredes, en cuyo centro se alzaba una mesa cubierta con un tapete de bayeta verde, monedas, barajas, y rodeada por seis u ocho hombres de aspecto sombrío y mala catadura.

Todo esto se veía á la luz de una vela de sebo y dos candiles de hierro; cuyos moribundos destellos caían sobre los pálidos y descarados semblantes de los parroquianos, y prestaban á aquellas empolvadas paredes cierto tinte mustio y melancólico que infundía miedo á primera vista.

Nadie fijó su atención en Eduardo, que sin descubrir el rostro y silencioso, fué á colocarse en el ángulo mas oscuro y detrás de un grupo cuya vida parecía depender de la temblorosa mano del banquero. Porque allí se jugaba y se jugaba al monte.

Eduardo inspeccionó y observó con su vista todas las fisonomías, y la detuvo al fin en uno de barba espesa y cabellera rubia, rostro enjuto, amarillo y contraído, ojos azules marcados de grandes ojeras; y que brillaban con el último resplandor de la vida... Aunque su

— Por última vez, señora, explicaos.

— ¡Ah! señor, mi reconocimiento será eterno.

— Por el amor del cielo, hablad señora, ¿qué puedo yo hacer por vos?

— ¡Todo, señor juez, todo!

— Pues bien, veamos.

— Yo no hablaré hasta que me hayáis dado vuestra palabra de acceder á mi petición.

— Pero señora, yo no puedo comprometerme sin conocer...

Yo se lo juro á V. señor juez, si vos rehusais esa palabra sin la cual nada puedo decir, seré la mas desgraciada de las mujeres de la corte, de la tierra, y mi desgracia será obra de vuestras manos.

La escena se prolongó así por espacio de veinte minutos, solicitando una parte, durando y rehuendo la otra. Por último, la bella empleó los grandes medios, los argumentos *ad hominem* que siempre tiene guardados una coqueta en alguno de los dobleces de su flexible corazón; se arrojó bañada en lágrimas á los pies del magistrado.

Medio fatigado, medio enternecido el bueno de D. Simplicio, al fin y al cabo se comprometió á acordar á la alegre y suplicante vizcondesa la gracia que se serviría pedir. No bien hubo acachado de pronunciar la palabra fatal, se arrepintió de ella, pero ya era tarde.

trajera pobre, casi harapiento, en los ademanes, en los movimientos de aquel hombre gastado por las pasiones, se revelaba cierta distinción aristocrática, que parecía envolver tristes y dolorosos recuerdos.

— Es el murmuró Eduardo mordiendo los labios bajo el embozo de su capa.

— Te repito que esta noche la consigo, decía un joven al oído de otro.

— Eso me estás diciendo desde la tarde que la vimos en el Prado.

— Advierte que ella es inexorable.

— Y virtuosa...

— Si las hay... seguramente se lleva la palma!

— No profanes su recuerdo en este miserable garito.

— Calla que si nos oyen, vamos á salir por la ventana...

— ¿Tienes miedo?...

— ¡Miedo! Ya sabes que de un pistoletazo me quito un alfiler de la punta de la hola.

— Pero como no se trata de un duelo.

— En ese caso los derribaría á puñetazos por la escalera.

— ¿Es igual?

— Hablando de otra cosa, ¿no es verdad que aquel hombre mira al baron de un modo particular?

— ¿Cuál?

— El de la capa; ¿lo conoces?

— Como, si en tres toques que le veo no se

— Señor juez, dijo la hermosa levantándose y enjugando sus mejillas, he visto muchos hermosos adornos que deben figurar en la fiesta de mázaca.

A estas palabras D. Simplicio hizo un mohín de disgusto... ¿qué le importaban á él los adornos y las fiestas?

— Señor, continuó la coqueta sin hacer caso de su estupefacción y aparentando no habersela apercebido de ella, yo me quiero distinguir en esta fiesta... es necesario que mi aparición haga efecto, que haga olvidar á las demás, que las eclipse enteramente.

Si el objeto que abordaba la vizcondesa hería la natural gravedad de D. Simplicio, no salía en cambio mejor librada su posición de magistrado.

— Señora, vos os burláis de mí... ¿Consultar á un juez tales cosas!

— ¡Oh! señor, dejadme continuar y repetidme vuestra promesa, D. Simplicio se inclinó, pero no sin morderte los labios de despecho.

— Así pues, señor, continuó la hermosa, yo he tenido la idea algo estrana y pintoresca en verdad, pero ingeniosa, de un adorno de plumas de loro... todos los de mis amigas han sido puestos á contribucion.

— Y bien... dijo el grave juez abelando apenas.

— Y bien, señor, no ha habido bastante, me hacen falta todavía seis plumas...

ha descubierto el rostro.

— Pues si me empeño...

— No seas tonto, Alfredo...

— Lo dicho... me fastidia y voy á...

— Calla; qué medalla es esa que el señor baron tronado tira en este instante sobre la mesa?

— ¿Cómo mira el desconocido?

— ¿Auestas á que tenemos aventuras?...

— Hasta que te gane la primera.

— ¿Aon piensas en las ocho onzas?

— Como tú en las veinte y cinco.

— Y te las ganará.

— Te engañas, pero veamos.

— Es retrato de mujer.

— Tendremos el segundo estudiante de Salamanca en campaña?

— ¿Quién sabe! es chistoso! ja ja ja!

— ¡Christ, calla!

— Señores, dijo Enrique, se vendió esa joya, sea el retrato.

— Hermosos brillantes...

— No son malos...

— Pedid, interrumpió el llamado Alfredo, tomando en su mano la medalla.

— ¡Diez mil reales!

— ¿Es de legitima procedencia? preguntó el embozado recalando una á una sus palabras.

— Seguramente, tartamudeó el baron pall-deciendo.

Entretanto, Alfredo y su amigo, miraban el

V. S. tiene un loro... es justamente del color que necesito, V. S. me ha prometido no negarme nada... yo exijo por lo tanto seis plumas de vuestro loro!

Que le hubieran pedido su peluca, su birrete, su gravedad, hasta su Gregoria, D. Simplicio no lo hubiera sentido... pero pedirle la cola de su loro!

No habia por otra parte recurso en contra.

—¡Ah! señora, dijo dando un gran suspiro, ¡qué me pedís!

—¿Se me concede? preguntó la bella con maliciosa sonrisa.

—Sí, solamente es necesario que os dirijais á la señora.

La vizcondesa fué á hablar á doña Gregoria; allí la escena fué otra, la sensible señora lloraba y se desconsolaba al pensar en que iban á arrancar seis plumas á su animal querido; pero al fin cedió, y la operación se llevó á efecto. La vizcondesa relata aquella noche como una loca al contar á sus amigas la historia del adorno de su sombrero.

SERAFIN ALVAREZ PERAL.

## EL RECLUTA.

### CUENTO POPULAR (1).

#### I.

Cada vez que en posta ó en carronato

retrato con sorpresa y hablaban á media voz...

—Es ella.

—No cabe duda.

—Aparenta mas edad.

—Pero sus facciones...

—Son idénticas.

—Lo adquiriré aunque me cueste doble.

—¿Y para qué?

—¡Quién sabe si el retrato será la vasa de la conquista!—Vesmos, caballero, soy algo aficionado á la pintura, y el colorido de esta miniatura no me disgusta; le compro á Vd. la joya tal como está en quinientos veinticinco duros.

—Algo mas vale ese retrato.

—¿Es de vuestra... mujer?

—O de mi querida.

—Lo mismo dá.

—Infames, murmuró Eduardo, no se si tendré fuerza para contenerme; y luego continuó en alta voz dirigiéndose al baron.—Yo le doy á Vd. once mil reales, pero antes desearia saber si ha muerto el original.

—Eso no importa, dijo Enrique vacilando.

—Vaya! y tanto! ¿No temeria Vd. que en nombre de la difunta se lo arrancara de la mano y le escupiese á la cara?

—Eso, jamás!

—Hagamos trato y dejémonos de cuestio-

he cruzado yo el Mirabete, cuando después de haber estado prisionero en la corte me dirigia al hogar de mi familia que la tengo á cuatro leguas de distancia de las Sierras de Guadalupe, he sentido en el corazon una de las emociones mas deliciosas de la vida, uno de esos placeres purísimos que nunca hartan ni entumescen al espíritu, y que solo pueden ser comprendidos por aquellos que, como yo, nunca terminan su errante peregrinación.

Cuando la diligencia ó el carronato (*carro que mata*) han llegado con mi cuerpo sano y salvo y el de otras victimas á la cúspide del Mirabete, no me ha sido posible resistir un deseo de apearme para contemplar á mi sabor el pais donde crecí de niño, y confieso que hasta el aire me hacia tanto bien, que algunas veces los viajeros me tenían por loco al ver que lloraba, reía, saltaba y besaba con entusiasmo santa aquella tierra que presencié mis travessuras de muchacho y mis desgracias de hombre.

Ante aquel bonito panorama, vasta circunferencia multicolora, terminada por azules montañas de pintorescos riscos y árboles que mecen sus copas en las nubes semejando folioplés tapicerías de verdura diseminadas á ramos, ante aquel cielo que centellea con una luz pura, y ante aquellas brisas que parecen refrescar al alma, confieso que mas de cien veces se me han

occurido estos pensamientos.

—Bien, como Vd. quiera.

—De todos modos le agradezco á Vd. esta confianza que hace á un desconocido, porque Vd. no me conocerá, eh?

—Hasta ahora no he tenido el gusto, dijo Alfredo volviendo la cara para no reirse en sus barbas; y explígame Vd. caballero; la dania del retrato ¿es su «querida» de Vd.?

—No me loca nada, es una pobre vecina.

—¿Pobre? pues no lo demuestra.

—Sí, pobre, porque ha tenido la debilidad de enamorarse de mi, y de entregarme esa joya á la hora de su muerte.

—¿Ah, luego ha muerto!

—Si, murió dejando una hija que viva conmigo, aquí tengo la llave de su cuarto.

—¿Y no tiene Vd. interés?...

—¿Ca! quién se cuida en el dia de una querida teniendo tantas ca que pensar?

—Habrá infame, y lo niega, pensó Alfredo; pues amigo mío, si se parece á su madre...

—Como una gota de agua á otra gota.

—Entonces no se ofenda Vd., pero es encantadora; yo en su lugar de Vd. dania por ella...

—¿Cuanto? murmuró el baron, dejando escapar de sus ojos un relámpago de aquella ambición que le devoraba.

—¿Cualquier cosa, es decir; cuanto tuviera.

—¿Cuanto Vd. tuviera?

—En el bolsillo, caballero.

—Pues yo le apostaria á Vd. doble contra

—¿Cuanto? murmuró el baron, dejando escapar de sus ojos un relámpago de aquella ambición que le devoraba.

—¿Cualquier cosa, es decir; cuanto tuviera.

—¿Cuanto Vd. tuviera?

—En el bolsillo, caballero.

—Pues yo le apostaria á Vd. doble contra

—¿Cuanto? murmuró el baron, dejando escapar de sus ojos un relámpago de aquella ambición que le devoraba.

—¿Cualquier cosa, es decir; cuanto tuviera.

—¿Cuanto Vd. tuviera?

—En el bolsillo, caballero.

—Pues yo le apostaria á Vd. doble contra

(1) Este cuento y algunos otros que vamos á publicar, son propiedad del autor.

una larga peregrinación, y mis ojos vieron lágrimas de alegría sobre las rocas negras de la montaña; desde donde se descubra la blanca chimenea de la casa de mi padre y el campanario de la iglesia donde tantas veces he rezado.

En seguida empezaba á caminar en dirección á aquellos puntos fijos sobre el horizonte, y cuatro horas después solia llegar al pequeño pueblo, en cuyas afueras me esperaba una familia llevando al frente una madre que era la que mas corría para darme un abrazo, y quedándose á retaguardia mi padre, anciano ya, y lelo de alegría que me oprimía la mano como para preguntarme:—¿Has sido hombre de bien?

H.

Voy á empezar mi cuento.

Una de estas veces que he llegado sano y salvo á aquel querido rincón de tierra, que mi pensamiento no pierde nunca de vista á través del tiempo y del espacio, porque él atesora las afecciones mas santas y mas puras de mi corazón, encontré á la familia como de costumbre á la entrada; pero ni en sus semblantes se reflejaba la alegría de otras veces; ni mi madre corrió á abrazarme con el mismo arrebato, ni en la frente de mi padre se reflejaba el entusiasmo de siempre: aquello era un duelo en lugar de un recibimiento.

El corazón me latía con violencia y un

sencillo á que no la conquistaba.

—¿Que no? ¿Vd. lo consistente?

—Segun y conforme.

—Veinte mil reales le doy á Vd. en este momento y otros á mi vuelta si no la consigo, siempre y cuando que Vd. me dé la llave y su permiso.

Durante este diálogo el baron habia perdido todas sus monedas, sin apercibirse, tampoco de que el embozado les escuchaba detrás.

—Aceptado, dijo al fin el baron con voz trémula y ronca.

—Dentro de dos horas soy con Vd.

Alfredo entregó los billetes á Enrique, cuyas manos temblaron á su contacto.

—¿Su nombre?

—Laura.

En aquel momento Alfredo se precipitaba á la calle cantando victoria.

El baron se preparaba á hacer su puesta, cuando sintió que una mano robusta y vigorosa le asía la muñeca, y una voz no desconocida para él murmuraba: «¡Calle Vd. ó le mato.»

Enrique que por su mismo delito era cobarde, se abstuvo de gritar, y siguió á Eduardo que con la fuerza de un gigante le arcastraba por la escalera.

Ya en la calle y á la luz de la luna, el pintor se echó á trás el embozo de la capa y dejó al baron en libertad.

—¡Ah, ah! gritó Enrique lleno de espanto y de sorpresa.

terror insólito, un escalofrío letal me hicieron estremecer involuntariamente; mi madre me abrazó entonces con una especie de delirio febril y comprendiendo lo mucho que yo debía padecer exclamó con voz entrecortada.

—Hijo mio; te ha caído la suerte de soldado!

Volvi la vista y mi padre se enjugaba una lágrima, procurando esconderla á fin de que nadie se apercibiera.

El día anterior se habia verificado el sorteo y me habia cabido en suerte el número uno.

Fué un albur magnífico; mi nombre y la bola con el número uno quedaron arrinconados en la urna: esto al menos evidencia que mi nombre no está llamado á hacer la guerra á nadie.

### III.

—Como no soy tuerto, ni jiboso, ni enano, ni gracias á Dios tengo que lamentar deformidad alguna física, ni estaba dispuesto á suponerla falsamente en perjuicio de los demás camaradas que tenia detrás; llegó el día de la declaración de soldado, y después de haber sido tallado con las botas puestas, se me preguntó por el alcalde si tenia algo que alegar.

—Nada; contesté en el acto, y quedé cumplida la fórmula de la ley sin mas dimes ni diretes.

—¿Me conoce Vd?

—Si, murmuró aquel con voz abogada.

—Es Vd. un miserable, un infame.

—¿Sov?...

—¿Un ladrón!

—¿Por caridad!

—Es Vd. indigno de que se le tenga, y, sin embargo, las circunstancias hacen que respete su vida de Vd. como la mia; pero Dios es justo y tarde ó temprano castiga el crimen.

—¿Por favor!

—¿Tenga Vd. peshol! El hombre que roba la honra de una inocente, el que profana la memoria de un cadáver... el que arranca á una desventurada criatura el último recuerdo de su madre ante su mismo sepulcro!!! el que vende á su propia mujer!...

—¿Y Vd. sabe?...

—¿Todo, señor baron!

—¡Oh! ¡Por piedad que no escuchen ese nombre.

—Si su padre dé Vil. levantara la cabeza, ¿qué diría de su hijo? Le maldeciría, y le rechazaría de su lado.

—¡Ay, quién es Vd. que así me desgarras el corazón!

—¿Corazon! ¿quién le ha dicho á Vd. que lo tenga? Si lo tuviera Vd., en este momento la tierra se abriría á sus pies, la voz de su padre resonaría en el fondo de su alma y su frente se inclinaría avergonzada!

Al escuchar estas palabras, paseóse al ha-

bra ya soldado: no habia mas apelacion. Entonces comenzó á agitarse en el seno de la familia uno de esos dramas frecuentes en semejantes circunstancias: se trataba, pues, de redimirme del servicio militar á costa de los seis mil reales que exigia entonces la ley.

Confieso que nunca fué mi vocacion la de las armas, que siempre he mirado con mucha prevención el *shafarote*, y que la idea del cuartel me erizaba los cabellos: en verdad que si la patria hubiera tenido muchos soldados como yo estaría lucida: era, pues, ridiculo ofrecer á la patria un soldado que no tenía aliento mas que para borrar papeles.

En la milicia hubiera yo hecho el mismo servicio que un soldado de carton.

Pero en fin, las circunstancias porque atravesaba entonces mi familia eran poco alhagueñas: habian gastado conmigo mucho mas de lo que merecia: tenia hermanas y sacando fuerzas de flaquezas empecé á oponerme á la resolución de redimirme del servicio, alegando que me gustaba mucho la carrera de las armas, que habia de hacer proezas en la guerra, y que habia de ser el mejor soldado que se hubiera presentado al rancho desde el general Castaños hasta nuestros días.

—Mi madre, con ese instinto bendito de las madres, me escuchaba como quien oye llover y me hacia tanto caso como si la ha-

ron que era su padre quien le hablaba por boca de aquel hombre misterioso para él, sintió que la sangre se agolpaba á sus sienes y faltó de sentido cayó desplomado contra el suelo.

—Dios te dé lo que te convenga, dijo Eduardo, y marchó precipitadamente á casa de Laura.

—Dios te dé lo que te convenga, dijo Eduardo, y marchó precipitadamente á casa de Laura.

—Dios te dé lo que te convenga, dijo Eduardo, y marchó precipitadamente á casa de Laura.

—Dios te dé lo que te convenga, dijo Eduardo, y marchó precipitadamente á casa de Laura.

—Dios te dé lo que te convenga, dijo Eduardo, y marchó precipitadamente á casa de Laura.

—Dios te dé lo que te convenga, dijo Eduardo, y marchó precipitadamente á casa de Laura.

—Dios te dé lo que te convenga, dijo Eduardo, y marchó precipitadamente á casa de Laura.

—Dios te dé lo que te convenga, dijo Eduardo, y marchó precipitadamente á casa de Laura.

—Dios te dé lo que te convenga, dijo Eduardo, y marchó precipitadamente á casa de Laura.

—Dios te dé lo que te convenga, dijo Eduardo, y marchó precipitadamente á casa de Laura.

—Dios te dé lo que te convenga, dijo Eduardo, y marchó precipitadamente á casa de Laura.

—Dios te dé lo que te convenga, dijo Eduardo, y marchó precipitadamente á casa de Laura.

—Dios te dé lo que te convenga, dijo Eduardo, y marchó precipitadamente á casa de Laura.

—Dios te dé lo que te convenga, dijo Eduardo, y marchó precipitadamente á casa de Laura.

—Dios te dé lo que te convenga, dijo Eduardo, y marchó precipitadamente á casa de Laura.

—Dios te dé lo que te convenga, dijo Eduardo, y marchó precipitadamente á casa de Laura.

—Dios te dé lo que te convenga, dijo Eduardo, y marchó precipitadamente á casa de Laura.

—Dios te dé lo que te convenga, dijo Eduardo, y marchó precipitadamente á casa de Laura.

—Dios te dé lo que te convenga, dijo Eduardo, y marchó precipitadamente á casa de Laura.

—Dios te dé lo que te convenga, dijo Eduardo, y marchó precipitadamente á casa de Laura.

—Dios te dé lo que te convenga, dijo Eduardo, y marchó precipitadamente á casa de Laura.

—Dios te dé lo que te convenga, dijo Eduardo, y marchó precipitadamente á casa de Laura.

—Dios te dé lo que te convenga, dijo Eduardo, y marchó precipitadamente á casa de Laura.

—Dios te dé lo que te convenga, dijo Eduardo, y marchó precipitadamente á casa de Laura.

—Dios te dé lo que te convenga, dijo Eduardo, y marchó precipitadamente á casa de Laura.

—Dios te dé lo que te convenga, dijo Eduardo, y marchó precipitadamente á casa de Laura.

—Dios te dé lo que te convenga, dijo Eduardo, y marchó precipitadamente á casa de Laura.

—Dios te dé lo que te convenga, dijo Eduardo, y marchó precipitadamente á casa de Laura.

—Dios te dé lo que te convenga, dijo Eduardo, y marchó precipitadamente á casa de Laura.

—Dios te dé lo que te convenga, dijo Eduardo, y marchó precipitadamente á casa de Laura.

—Dios te dé lo que te convenga, dijo Eduardo, y marchó precipitadamente á casa de Laura.

—Dios te dé lo que te convenga, dijo Eduardo, y marchó precipitadamente á casa de Laura.

(Se continuará.)

blara en griego: mi madre se reía de mí al oírme hablar, así como si mi razón se hubiera extraviado; y mis hermanas me decían que yo no tenía que hacer más que oír, ver y callar, y negocio concluido.

En resumen, acepté el sacrificio de los seis mil reales, uno de tantos sacrificios que hacen los padres por los hijos, aunque estos sean malos, ingratos, y queó respalda mi redención del servicio militar.

Confieso que acepté con remordimiento: aquella suma, pequeña para otros, representaba las privaciones de toda una familia, á quien yo sacrificaba como un insensato; tal vez por una excesiva vanidad: era una suma que mi pobre madre había formado á costa de múltiples economías, y que me consagraba con todo el regocijo de una madre para evitar me las lágrimas del porvenir.

Bendita sea! Dios la recompensará por mil años de descanso.

Llegó el día de la partida á la capital de la provincia para entregar en la caja los mozos á quienes había donado la mala suerte, como dicen en el país.

Las madres, las hermanas y las novias de mis camaradas lloraban amargamente porque los mozos se iban á marchar, como para no volver; mi madre, mis hermanas y mi novia no lloraban porque yo marchaba para volver á los pocos días.

Miseria humana! Uno se redimía por un estado de oro: otros marchaban porque no lo tenían; todos hombres y uno solo el privilegiado, entre tantas madres desoladas, una sola escapando la contribución de sangre!

Confieso que aquel espectáculo me laceró el corazón: que las lágrimas de aquellas familias caían sobre mi alma como gotas de plomo derretido; tuve vergüenza de mí mismo y escondía la cara como si aquella humanidad condenada al sacrificio me arrojase de su seno como á hoja podrida que desciende del árbol: en presencia de tantos mártires se sentía uno sin gota de sangre en el corazón.

Entre aquellas mujeres había una pobre vieja, que antes de llegar el día de la partida á Cáceres se había presentado en mi casa y me había dicho en su gerga provincial:

— Señor Herrero, con este hijo que me ha caído soldado ya tengo dos por allá: el tercero ha cumplido los diez y siete años

y se me queda en casa; pero como á mi pobre Canuto le han faltado dos dedos para la marca, y como este Canuto va á dar un estallido de puro bruto, si Dios no lo remediá, me temo que cometa allá alguna barbaridad, y he resuelto ir con él para ver cómo me le tallará mas como yo también tengo poco de lo que tenía el rey Salomón, y Vd. dice que hace coplas y aleluyas, quisiera que se tomara Vd. algún interés por el muchacho á fin de ver si le sacábamos adelante.

La prometí hacer cuanto estuviera de mi parte y proseguí diciendo:

— Este hijo es muy endoméstica, créame Vd.: yo le estoy siempre diciendo que cuando se ponga en la talla se encoja todo lo que pueda desde el cogote á los piés: que baje la cabeza y que no le levante, aunque se lo mande el mismo arcipámpano de Sevilla en persona; pero como es tan animal no es extraño que haga lo contrario: de todos modos, he ofrecido un niño de cera á la Virgen de la Montaña si sale bien, y en Vd. y en la Virgen confío yo.

La tranquilicé como pude y salió de mi casa la pobre mujer rebotando de contento, y diciendo á la novia del muchacho que se llama Nicolasa:

— No llores tonta: entre la Virgen y el señor Herrero han de sacar en salvo al hábaro de Canuto.

(Se concluirá en el número próximo.)

LEANDRO ANGEL HERRERO.

LITERATURA.

POESIAS.

OMER Y GORA.

LEYENDA ORIENTAL.

A MI QUERIDO HERMANO EL SEÑOR DON ANTONIO TORRES.

Continuacion (1).

En las altas Alpujarras  
resnenan voces confusas,  
que el silencio de los valles  
con estrépito perturban:  
guerrera trompa resuenan  
que infunde al jóven bravura,  
que arranca llanto á las madres,  
y á los ancianos asusta.  
Del caballo la carrera  
allá á lo lejos retumba,

y nubes de polvo brotan  
que la luz del sol nublan.  
Armados de todas armas  
si no quier guerreros circulan,  
y la voz de guerra suena  
entre las finestas morunas.

Guerra! repiten los montes  
la guerra! el eco en las llanuras;  
y al pasar ligera brisa  
guerra! repite en su fuga.

Al combate preparados  
del zagri la tienda inundan:  
si en guerra, cuyo portento  
ya da victoria aseguran.

En tanto Gora y Omer  
de sus padres en la tumba,  
dejan la última corona  
y tambien la oración última.

Omer está destinado  
para llevar á la lucha  
los valientes guerreros  
que á morir prontos no dudan.

Llorando Gora desliza  
para dar la despedida  
al amante que es su vida  
y le dice con dolor:

Partes Omer y me dejaste  
sumida en el desconsuelo,  
no olvides que en este suelo  
todo recuerda tu amor.

Aquí gorjean las aves  
nuestros sencillos amores,  
y las áuras y las flores  
los repiten sin cesar:

Tu nombre dice la hoja  
en el árbol insegura,  
y en los arroyos murmura  
y á lo lejos va á espirar.

En cada roca esculpido  
hay de amor un juramento,  
cada tranco corpulento  
atestigua nuestra fe:

Yo en mi pecho la he guardado,  
que es mi amor constante y puro,  
¡adios Omer! yo te juro  
que jamás te olvidaré.

Omer entonces cogiendo  
de Gora la hermosa mano,  
la besa y esclama ufano  
con ardiente frenesí:

Voy á partir, nuestra suerte  
me obliga, Gora, á dejarte,  
mas yo no puedo olvidarte:  
tu memoria vive en mí.

(1) Véase el número 149 del día 21 de julio.

Luz faltará á las estrellas  
y á la brisa movimiento,  
antes que deje un momento  
de pensar en nuestro amor.

En las flores que tú criás  
puedes mirar mis amóros,  
eternos son sus colores  
y eterno también su olor.

El padre de Omer entonces  
con paso resuelto avanza,  
lleva en su mano una lanza  
que á su hijo va á entregar:

— Toma, le dice, al combate  
la llevó tu padre un día;  
ningun escudo podía  
su limpio acero quebrar.

Cual quien eres siempre lucha,  
tú te encargas de la gloria,  
de esos cien que á la victoria  
tu esfuerzo va á conducir:

A su padre Omer abraza  
y á su caballo saltando,  
de sus fropas toma el mando,  
y se dispone á partir.

Súbito un grito espantoso  
por el espacio retumba;  
los guerreros no se mueven  
á pesar de su bravura.

Los clamóres de las madres  
á los infantes asustan,

y en medio de ellos va Gora  
presa de mortal angustia:

Sobre la frente de Omer  
que la palidez anubla,  
un cuervo revolotea

que tiene negras las plumas.  
De sus fúnebres graznidós

mal los ancianos anguran,  
y Gora de Omer la muerte

temblando en ellos escucha.  
Valiente Omer y resuelto

y en marcha con voz robusta,  
grita y en marcha se pone

toda la hueste moruna.  
Tiembla Gora y palidece,

vacila un momento, duda;  
y montando en un caballo

tras de las huestes se fuga.  
En vano gritan las madres,

lamentós ella no escucha,  
y entre el terror general

se aleja de la llanura.

PEDRO ANTONIO TORRES.

## CRÓNICA NACIONAL.

## REVISTA DE LA SEMANA.

## ALBUM DE EL MADRILEÑO.

## Teatros.

Ya saben nuestros lectores que están abiertos todos los coliseos, pero lo que no sabrán seguramente, es que en casi todos se están representando obras extranjeras.

Doloroso es el aspecto que presenta la literatura nacional, postergada torpemente ante lo que pudiéramos llamar agotaje teatral; basta fijarse en los carteles de las esquinas para tener una idea exacta del estramo á que hemos llegado; ninguna obra española, ninguna obra que nos recuerde la grandeza de la patria de los Moratin y Góngora, nada consolador en este período esteril que vamos atravesando, nada que nos levante de esta ridícula prostracion, que nos dé importancia á los ojos de los extraños, que nos ennoblezca á nuestros propios ojos.

— ¿En qué consiste esto? ¿De parte de quién está el mal?

El teatro necesita una reforma fundamental, una organizacion mas perfecta, mas en armonia con el progreso literario de los tiempos. ¿Por qué no se emprenden? ¿por qué no se concede á las letras la proteccion que necesitan?

En todo lo que es pequeño y exiguo, en todo lo que es frívolo y pueril, allí resalta la España, la última de las naciones para caminar en la vía del progreso, la primera para cederse de trabes por todas partes, permaneciendo siempre sumida en el oscurantismo, haciendo alarde de sus vicios y de su ignorancia.

Aquí se agosta el génio, se entumece el espíritu en fuerza de la lucha que tiene que sostener para prevalecer y triunfar. Nuestra literatura vá quedando reducida á la mas espantosa negacion; fuera de la prensa política no vive, no alienta, no se desenvuelve, y cada dia mas, se va acercando á una vergonzosa derrota, última expresion de la decadencia de los pueblos.

Mientras en las demás naciones del continente la literatura abre horizontes al hombre para procurarse un porvenir halagüeño; recompensa justísima de los martirios del génio, en España solo ofrece miseria y decepciones, amargos desencañes que se compran á costa de muchas lágrimas y de mucho arrepentimiento. De aquí nuestra inaccion, nuestro abatimiento, nuestra falta de fé; nada se produce que ensanche la esfera requilica donde nos agitamos con la vida del insecto. ¿Quién tiene voluntad bastante para cruzar esta senda de

espinas que conduce rápidamente al mas sangriento calvario?

De aquí el que entre nosotros todo sea penoso, todo efímero; de aquí el fomento creciente de ese gran mal que se denomina *vagancia literaria*, profesión desgraciada que abraza una porcion de síres errantes, que se quiblan á fuerza de padecer ó se degradan á fuerza de calumniar.

Se forma un libro y ni el editor le compra, y si le compra de valde no le vende. ¿Por qué? Porque nadie quiere leer después de haber sido chasqueado cien veces.

Se crea un periódico literario y no hace una suscripcion. ¿Por qué? Porque ha sido cien veces una red tendida contra los intereses del público.

Se hace una obra para el teatro y cuesta más que hacerla, conseguir su representacion; porque al llegar á la escena halla la mala fé y la insolencia por todas partes; se encuentra frente á frente con el despolizos de empresario, con la envidia de los autores que ayudan á caer con la mayor alegría; que no tienen en cuenta para asesinar una repulacion, ni las lágrimas del caido, ni su infortunio. ¿A dónde iríamos á parar si enumerásemos las miserias que pesan sobre las letras?

Por eso el génio muere y se angustia entre nosotros; por eso no crea ni se consagra á las empresas nobles; no es laborioso porque se asfixia.

Una de las pocas noveades que hemos tenido ha sido el estreno de una comedia original del señor Marco, titulada *Cuestion de trámiles*.

No la hemos visto; pero su éxito ha sido fatal; los carteles han dejado de anunciarla á la cuarta representacion.

Su argumento es pueril; su forma insignificante; los esfuerzos de los actores no bastaron para salvarla del naufragio.

A propósito de esta obra nos ha sorprendido en el *Diario de Avisos* un juicio crítico en veinte líneas, escritas de una manera que no nos atrevemos á calificar.

Se trata en ellas á los actores de una manera desconocida, inusitada en la critica literaria, dura en exceso; palpitante de odio y malevolencia.

Esto es mas de extrañar, cuanto que el *Diario de Avisos*, es un periódico destinado á anunciar el precio de las cargas de carbon y de los sacos de arroz; es mas de extrañar cuanto que nunca se ha consagrado á la critica literaria, ni su indole es la mas apropiada.

¿Qué significa esto? ¿A qué ese interés en que sepan los almacenistas y los maragatos las debilidades de algun actor que no agrada al *Diario de Avisos*, un periódico redactado de una manera tan peregrina y ha dado asu-

to cien veces para la gaceta? Así son todas las cosas en España.

L. A. H.

### ADMINISTRACION DE EL MADRILEÑO.

Los cincuenta y cuatro regalos que corresponden al presente mes, no se han podido verificar á causa de haber indicado que serian en el sorteo del 20, y como tuvo solo tres premios grandes no pudimos adjudicarlos. En esta inteligencia verificaremos dos sorteos en el mes entrante de noviembre, el 1.º será el 10 y el 2.º el 30 del mismo.

Con este número acompañamos á los suscritores de la edición grande, el segundo y último tomo de *Luces y Sombras*.

### Sorteo del 20 del corriente.

La compañía obtuvo un premio de veinte duros, que repartidos entre veinte y ocho y media acciones, correspondieron las acciones á 14 rs., las medias á 7 y los cuartos de acción á 3 1/2.

La compañía económica ganó 140 rs. los cuales se aplican á tres décimos del número

14,520 para el sorteo del 30, además de las cinco acciones que lleva en la compañía llamada grande.

### Sorteo del 30.

Para este sorteo lleva la compañía los mismos diez billetes, 49,531 al 49,540. Las acciones á 86 rs., las medias á 43 y los cuartos de acción á 23.

## LA PROBIDAD,

CAJA UNIVERSAL DE AHORROS Y OPERACIONES MERCANTILES,  
COMISIONES, GIROS Y DESCUENTOS.

Constituida con todos los requisitos legales, é inscrita en el registro público de comercio de esta corte.

### GARANTIA ADMINISTRATIVA.

Los fundadores se constituyen como mayores imponentes, depositando por su cuenta en títulos del 5 por 100 en el Banco de España, ó en la Caja general de Depósitos el 20 por 100 del importe á que asciendan las imposiciones voluntarias.

Se admiten imposiciones voluntarias desde 20 rs., y se les abona

### EL INTERES FIJO DE 9 POR 100 ANUAL

y además lo que corresponda por repartimiento á prorata del 25 por 100 de las utilidades líquidas de la empresa, cuya combinación da por resultado, según la liquidación del último trimestre, aprobada por el Consejo de vigilancia y por la comision de mayores imponentes una ganancia positiva á dichas imposiciones de

Rs. vn. 13 y 03 céntimos por 100 al año.

Acumulación de todos los intereses al capital por meses y trimestres.

Los imponentes pueden retirar sus capitales cuando gusten, según los Estatutos.

Se llevan cuentas corrientes con interés.—Se descuentan cupones.

Dirección general y oficinas, calle de Espoz y Mina, núm. 1.—Horas de despacho, de diez á cuatro los días no festivos.

Se han repartido las entregas 24 y 25 de la preciosa novela titulada, *Luces y Sombras*

La interesante novela de *Nuestra Señora de París*, continuará en el siguiente número.

Propietario y editor responsable:  
D. JOSE MORALES Y RODRIGUEZ.

Imprenta de EL MADRILEÑO, Caballero de Gracia, 15.

# Banco de Economías.

DEPOSITO DE FONDOS CON INTERES.—CAJA DE AHORROS Y FORMACION DE CAPITALES.

DOMICILIADA EN MADRID, CALLE DEL DESENGAÑO, NÚMERO 27.

Sus Estatutos fueron sometidos al Gobierno de S. M. y registrados con la Escritura social en el Gobierno civil de provincia, previo informe del tribunal de Comercio en esta plaza.

## MEDIO MILLON DE RVN. EN TITULOS DEL ESTADO.

DEPOSITADOS EN EL BANCO DE ESPAÑA GARANTIZAN LA GESTION ADMINISTRATIVA:

Se reciben imposiciones desde 10 rs. en adelante y los fondos están siempre á disposición de los impositores y todos una vez se les dirige una carta, participándole el estado de su cuenta y utilidades que les ha correspondido, interviniendo la junta elegida por los socios las operaciones mas importantes de la regencia.

Capital ingresado por imposiciones, cuentas corrientes y depósitos, hasta

fin de Agosto de mil ochocientos sesenta y dos.

Id. en Setiembre siguiente, primero y segundo decenario de Octubre.

Rs. vn. 26.449,372 04

4.822,140 19

Total en 20 de Octubre de 1862.

31.271,512 20

Beneficios en las liquidaciones de los últimos meses: se ha repartido á los señores impositores, el interés efectivo de uno por 100 mensual, quedando una considerable reserva y resultando en consecuencia una utilidad de 12,66 por 100 anual.

### IMPORTANTE.

Hemos entrado en el último trimestre del año, y advertimos

á los que no hayan renovado la suscripción ó tengan en descubierto algunos meses, que los que no acrediten haber permanecido suscritos todo el año, no tendrán derecho á los premios.

Colección de Claveles, por D. Antonio González, formada en tomo en 8.º, en Madrid á reales, repitidos ó permutados á 12.º.

PARA LAS NOCHES DE INVIERNO.